



Breeze Baker

Pasion en el Paraiso

Prólogo

Paradise, California, junio de 1993.

Jacob esperaba con impaciencia dentro de su auto como quien espera por un manjar que le fue prometido, pero nunca ofrecido.

Ese manjar tenía nombre y apellido propio: Sheryl Landford.

La muchacha más apetitosa de la preparatoria Ridgeview sin lugar a dudas. Una muñeca de cabellos rizados y enormes ojos color miel coronados por una pestañas espesas y largas que le daban cierto aire de chiquilla.

Era esa mezcla explosiva de inocencia y de sensualidad lo que le había atraído de ella.

Él, Jacob Carpenter, uno de los chicos con más mala fama de todo Paradise y los condados vecinos, había conseguido que una niña bien como Sheryl Landford se fijara en él.

A sus veintidós años habían pasado por su cama más mujeres de las que podía recordar pero ninguna lo encendía tanto como aquella chiquilla ingenua de dieciséis años.

Se ponía dura de solo verla y cuando le regalaba un beso, tan casto y tan puro como ella se sentía explotar.

Tiró su Marlboro por la ventanilla abierta y aspiró hondo. Echó un vistazo a su reloj, Sheryl llevaba ya más de quince minutos de retraso. La sola idea de que sus padres le hubieran prohibido salir le encrespaba el ánimo. Encendió la radio y la música de los Moody Blues ¹inundó de inmediato el interior de su Ford Taurus. Jacob apoyó la cabeza en el respaldo mullido de su asiento y comenzó a tararear la melodía de aquella vieja canción de la que nunca podía recordar el título.

¹ Moody Blues fue una banda británica muy famosa en la década de los 70.

*Nights in white satin, never reaching the end, letters I've written, never meaning to send. Beauty I'd always missed with these eyes before. Just what the truth is, I can't say anymore.'Cos I love you, yes I love you, oh how I love you.*²

Sus ojos verdes se clavaron en el espejo retrovisor, esperando verla aparecer en cualquier momento.

Entonces distinguió una silueta caminando a toda prisa en medio de la calle. El corazón comenzó a latirle alocadamente en el pecho. Se quedó contemplándola durante unos segundos antes de apagar la radio y bajarse de su auto.

Acomodó sus pantalones vaqueros como pudo ya que su erección era bastante evidente y se apoyó en el capó del auto para verla mejor.

Era un espectáculo digno de contemplar.

Sheryl avanzaba por la calle moviendo cada centímetro de su cuerpo al compás de sus pasos. Los rizos se mecían hacia arriba y hacia abajo a medida que ella se acercaba.

Llevaba puesto un vestido oscuro con enormes girasoles estampados uno al lado del otro. Los ojos verdes de Jacob descendieron hasta sus pies; unas sandalias de tacones altos eran las culpables del repiqueteo en la acera, único sonido que se escuchaba esa noche tranquila de verano en aquella zona alejada de la ciudad.

No iba a reprimir el deseo inmenso que tenía de ir en su busca porque no tenía caso hacerlo. Comenzó a caminar hacia ella, a su mismo ritmo y cuando la tuvo por fin enfrente de él, abrió sus brazos, plenamente consciente de lo que sucedería luego.

Sheryl se le arrojó encima y Jacob sintió que las pulsiones de su polla se hacían más intensas, al punto de no poder soportar más la agonía de hundirse dentro de ella.

² La traducción sería: “Noches de blanco satén, nunca alcanzan el final, cartas que he escrito y que nunca tuve intención de enviar. Belleza que siempre perdí con esos ojos delante, solo lo que es verdad, no puedo decir más. Porque te amo, si te amo, oh cuanto te amo.

—¡Jacob!— Sheryl se aferró a su espalda y apoyó la cabeza en su hombro.

Él le acarició la melena de rizos castaños.

—¿Qué sucede, *muñequita*?

Ella se separó un poco para poder verlo a la cara.

—Nada, solo que te extrañaba—le dijo sonriéndole.

Jacob se sabía perdido cada vez que ella le sonreía de aquella manera.

—¿Volviste a escaparte, verdad?— tomó su rostro entre ambas manos.

Sheryl asintió.

—Por eso me tardé más de lo previsto—explicó— Tenía que esperar a que mis padres se fueran a la cama para poder salir.

Jacob le besó la nariz cubierta de pecas y luego bajó hasta su boca.

Ella se abrió, recibéndolo, permitiendo que su lengua experimentada jugara con la suya.

Los brazos de Jacob la estrecharon con más fuerza y él sintió como cada centímetro de aquel cuerpo que adoraba comenzaba a vibrar.

—Sheryl... *muñequita*...— le susurró soltando por un segundo su boca.

Ella adoraba que la llamara de esa manera, porque así era exactamente como se sentía junto a él; una muñeca completamente maleable y dócil. Jacob había despertado en ella sensaciones nuevas que la dejaban aturdida y feliz. Sus besos y caricias provocaban que todo su cuerpo respondiera casi por inercia. Muchas veces incluso, se había avergonzado de las cosas que él le hacía sentir. Ya no era una niña, tampoco una mujer pero a sus dieciséis años, en los brazos de Jacob se sentía la mujer más dichosa y amada del universo.

—Ven— Jacob la cogió de la mano y la llevó hasta el mirador. Desde allí se podía ver los profundos cañones que el río Feather rodeaba majestuosamente.

Era una visión maravillosa pero para Jacob, la belleza más preciada era la que tenía a su lado.

Sheryl se apoyó contra él, dándole la espalda y Jacob le rodeó la cintura pequeña con sus brazos.

—Quisiera estar así siempre— le dijo ella recostando la cabeza en su pecho.

Jacob estaba librando una ardua batalla; luchaba contra la erección que sus pantalones ya no podían contener y por mantener sus manos quietas. Pero era imposible cuando ella se pegaba a su cuerpo de aquella manera.

Sin pedir permiso su mano subió hasta tocar el pecho de Sheryl. Ella no protestó, muy por el contrario, se arqueó hacia delante para que él explorara más profundamente.

Aquel gesto solo sirvió para terminar con la poca cordura que aún le restaba. Ávidamente, su otra mano bajó hasta sus muslos y levantó la falda de su vestido. Observó que ella cerraba los ojos mientras él introducía los dedos por debajo de sus bragas de encaje hasta rozar el monte de carne suave de su coño.

Sheryl emitió un gemido y se retorció contra él. Lo que Jacob le estaba haciendo era delicioso y provocaba que se quemara por dentro. Sentía que si seguía haciéndoselo terminaría por derretirse entre sus brazos.

—Jacob...

Él no le respondía, estaba demasiado ocupado lamiendo el cuello de Sheryl, su lengua dibujaba círculos húmedos que comenzaban debajo de sus orejas y llegaban hasta el hueco de sus hombros.

Jacob necesitaba más... mucho más de ella, pero no estaba seguro de que ella estuviera dispuesta a dárselo.

—Sheryl...te necesito— su voz se tornaba cada vez más ronca a medida que el deseo se acrecentaba.

Sheryl no le dijo nada; tenía la mente nublada y su cuerpo parecía estar flotando en una nube, sin embargo las palabras de Jacob habían sido como música dulce para sus oídos.

Prefirió responderle con hechos y no con palabras. Se dio vuelta y se arrodilló en el césped húmedo; lo cogió de la mano y lo invitó a hacer lo mismo.

Jacob la obedeció en completo silencio, dejándose guiar por ella.

Allí estaban, los dos arrodillados a unos pocos centímetros del barandal de seguridad, con la imponente imagen del cañón a sus espaldas.

Sheryl soltó las manos de Jacob y observó como él las apoyaba sobre sus muslos, justo al lado del bulto prominente que ansiaba ser liberado.

Sheryl se levantó la falda del vestido y se lo quitó por encima de la cabeza mientras lo miraba fijamente. Se estremeció cuando descubrió el brillo intenso en los ojos verdes de Jacob.

Presentía que era el mismo brillo de deseo que iluminaba la miel de sus ojos.

Jacob recorrió su cuerpo, cubierto ahora solo por la ropa interior. Se detuvo en la cima erecta de sus pechos, dos botones puntiagudos que querían traspasar el encaje del sujetador.

Era tan sensual y al mismo tiempo tan virginal; una mezcla capaz de enloquecer a cualquier hombre. Y estaba a punto de ser suya, allí en medio de aquel paisaje extraordinario, Sheryl Landford estaba a punto de convertirse en mujer y lo haría en sus brazos.

Se había preguntado tantas veces si él tenía ese derecho, si era o no el indicado pero todas las dudas se habían esfumado en el mismo momento en que vio el deseo aflorar en los ojos de Sheryl.

Su niña, su *muñequita* estaba abriéndose para él, dejando que le robara su niñez y le regalara la maravillosa sensación de sentirse mujer por primera vez.

—Bésame, Jacob— le pidió con voz trémula.

Jacob se acercó y tomó su rostro arrebolado entre sus manos. Hundió su lengua en la tibia y húmeda cavidad de su boca; quería sentirla al máximo, saborear cada espacio de su cuerpo hasta memorizarlo en su mente para revivir el momento una y otra vez.

Pero todos sus deseos se fueron por la borda de un sopetón.

Un vehículo se acercaba a toda prisa al mirador y parecía estar dirigiéndose directamente a ellos. Sheryl se apartó de Jacob y como pudo se puso el vestido; le temblaban las manos, aún así logró cubrirse antes de que los intrusos se detuvieran.

Jacob se puso de pie y buscó la mano de Sheryl para sujetarla con fuerza entre la suya.

Los focos los encandilaban, la potencia de sus luces les impidió a ambos distinguir quien o quienes ocupaban el interior del vehículo.

De pronto las luces se apagaron y Sheryl deseó que el mundo dejara de girar en ese preciso instante.

Melvin Landford bajó de su camioneta pick—up con una escopeta de grueso calibre en una mano y destilando rabia por los ojos.

—¡Maldito hijo de perra!— se acercó y le apuntó a Jacob a la cabeza.

—¡Papá!— Sheryl soltó la mano de Jacob y corrió hasta quedar frente a su padre, interponiéndose entre la escopeta y la cabeza de Jacob.

—¡Tú métete en la camioneta! ¡Ya hablaré contigo más tarde!— le gruñó cogiéndola de un brazo y empujándola a un lado.

Jacob seguía inmóvil, sus ojos verdes clavados en la punta de la escopeta que estaba a tan solo unos pocos centímetros de su cara.

—¡Hijo de perra! ¡Te advertí que no vuelvas a acercarte a mi hija!

Sheryl volvió a arremeter contra su padre una vez más.

—¡Por Dios, papá! ¡Baja el arma! ¡Vas a lastimar a alguien!— tocó el brazo de su padre— ¡Por favor!

Melvin Landford miró a su hija directamente a los ojos; su pequeña Sheryl en manos de un tipo nefasto como Jacob Carpenter. No podía

permitirlo. Si de él dependía, ese delincuente bastardo no saldría con vida de allí esa noche.

—¡Te prohibí que lo volvieras a ver, Sheryl!— ahora estaba prestándole atención a su hija, aún así la escopeta seguía apuntando la cabeza de Jacob.

—¡Papá, yo lo amo!— le gritó a sabiendas de lo que sus palabras podrían provocar.

El sonido chasquido del bofetón se mezcló con el cantar de los grillos y el croar de las ranas.

—¡Métete en la camioneta, Sheryl! ¡Hazlo!

Sheryl miró a Jacob, no quería obedecer las demandas de su padre, quería quedarse con él y enfrentarlo juntos.

—Haz lo que dice tu padre, *muñequita*.

—¡Pero Jacob...!

—¡Sheryl, a la camioneta!— bramó su padre perdiendo la paciencia.

Sheryl corrió a la camioneta de su padre llorando desconsoladamente, se subió y cerró la puerta con fuerza. Desde allí observaba la escena grotesca que se desarrollaba a tan solo unos metros de ella.

—¡Espero que no le hayas tocado ni un pelo, desgraciado!

—¡Su hija y yo nos amamos, señor Landford!— replicó Jacob olvidándose por un segundo de la escopeta en su cabeza.

—¿Amor?— soltó una carcajada—¿Qué puede saber del amor un sujeto como tú?

Jacob reprimió las ganas de abalanzarse sobre él.

—¡Un delincuente de poca monta como tú, un patán que no ha trabajado jamás en su vida! ¡No me hagas reír, Carpenter!

La mala fama que cargaba en sus espaldas no podía borrarla, sería más sencillo tapar el sol con un dedo que liberarse de su pasado.

—Las cosas son diferentes ahora; he cambiado y amo a su hija...

Jacob no pudo continuar; Melvin Landford soltó la escopeta y lo sujetó del cuello de la camisa.

—¡Escúchame, hijo de puta y escúchame bien! ¡Vas a alejarte de mi hija y no vas a volver a buscarla!

Jacob intentó respirar pero las manos grandes del padre de Sheryl le apretaban la garganta con fuerza.

—¡Si no te marchas de Paradise mañana mismo vas a arrepentirte de haber nacido!— lo levantó en el aire— ¿Me has oído?

—¡No... no puede obligarme a hacer eso!— rebatió Jacob, la voz se rehusaba a salir de su garganta con normalidad debido a la presión que las manos de Melvin Landford estaba ejerciendo en su cuello.

—¡Puedo hacerlo y lo sabes! ¡Si para mañana al mediodía no te has marchado, voy a hacer que te metan en la cárcel! ¡A mi amigo el juez Bacon no le disgustará meter tras las rejas a un desgraciado como tú!— alegó soltándolo por fin.

Jacob se agachó mientras intentaba recobrar el aliento.

—Sheryl... Sheryl me ama... no hay nada que usted pueda hacer para cambiar eso.

—¡Cállate, hijo de puta! ¡Ni siquiera te atrevas a mencionar el nombre de mi hija con tu sucia boca!

Jacob echó un vistazo a la camioneta y vio a Sheryl pegada al parabrisas con el rostro bañado en llanto.

Jamás iban a poder ser felices en un lugar como Paradise.

—¡Ahora vete antes de que me arrepienta de no haber acabado con tu miserable vida!— recogió la escopeta del suelo— ¡Ya lo sabes, antes del mediodía te quiero fuera de la ciudad!

Jacob no le dijo nada, se quedó en su sitio, completamente inmovilizado mientras Melvin Landford regresaba a la camioneta junto a su hija.

La visión de Sheryl con su rostro completamente bañado en lágrimas mirándolo a través de la ventanilla cerrada de la camioneta de su padre fue la última imagen que se quedó grabada en las

pupilas de Jacob y que estaba seguro, se llevaría consigo donde el destino y la vida quisieran enviarlo.